

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

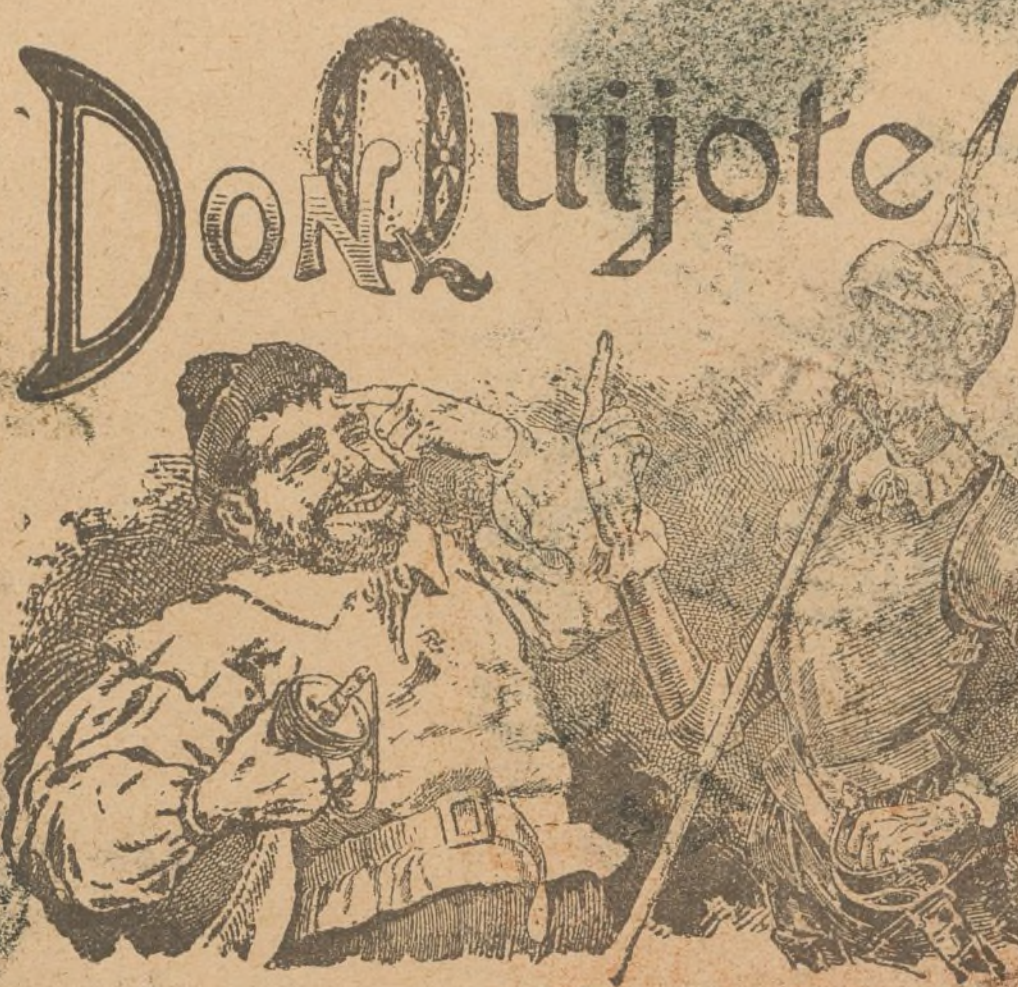
Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NUMERO  
Idem atrasado, 10.

CORRESPONDENCIA EN MADRID

25 Números, 2,50 pesetas.



## QUISICOSAS

Roba un rata un guardapelo  
ó un reloj con su cadena;  
le cogen... ¡y una quincena  
pasó en la cárcel Modelol  
Pero, en cambio, amigo Ovidio,  
si robase Juan un pan,  
¡es fácil que al pobre Juan  
le mandaran a presidio!

De la gran claraboya del Congreso  
rompiéronse unos vidrios, y supongo  
que esos los pagará el contribuyente,  
porque al contribuyente, por ser tont, ,  
desde que el mundo es mundo, los Gobiernos  
siempre le hacen pagar los vidrios rotos.

—El nuevo empréstito, amigo,  
muchas veces se cubrió.  
—Y algunos, con ese empréstito,  
se habrán cubierto el riñón.

VICENTE RUBIO.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 peseta.  
» trimestre..... 2,50  
» año..... 10 »

## FUNDADOR

EDUARDO SOJO

## PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas.  
» semestre..... 6 »  
» año..... 12 »  
EXTRANJERO... » año..... 15 »

## ESO DEL EMPRÉSTITO

Repitamos la vieja frase del gran inglés: «hay algo en Dinamarca que huele a podrido».  
No, no se puede hablar de eso del empréstito sin que se vea uno acometido del horror de la náusea. Huele demasiado mal.

Zola, en su admirable libro *El dinero*, ha pintado todas las audacias del agio, todo el frenesí del negocio, toda la locura del oro...

¡Qué hermoso libro de actualidad el del dinero! Parece que los personajes de él han acudido al prorrato del empréstito y han desfilado por los salones del Banco en la madrugada célebre de que nos habla *El Liberal*.

Ya puede hablarnos el Sr. Silvela en lo sucesivo de la selección y de otras zarandajas.

Si Cánovas viviera... ¡Qué gran ocasión se le presentaba para defender la moral atropellada!

## Las suscripciones al empréstito.

Leemos en *El Imparcial*:

«Entre las numerosas suscripciones hechas en las oficinas del Banco en Madrid, merecen citarse por su importancia las siguientes:

«Urquijo y Compañía, 315 millones.—Banco Hipotecario, 175 millones.—Bater, 60 millones.—Banco de París y Países Bajos, 70 millones.—Comité del Banco Hipotecario en París, 21 millones.—Manuel G. Longoria, 25 millones.—Joaquín López Dóriga, 21 millones.—Suárez Guanes, 19 millones.—Sobrinos de Céspedes, 38 millones.—E. Sáinz y Hijo, 95 millones.—Max Lafitte, 10 millones.—Marqués de la Viesca, nueve millones.—Juan Wezdousta, cuatro millones.—Jerónimo Corrales y Compañía, dos millones.—Crédit Lyonnais, más de 50 millones.—Luis Ibáñez, cinco millones.—García Villalba y Flores, 14 millones.—Francisco Kimón, tres millones.—Felipe Modet, cuatro millones.—Serafin Salcedo, cuatro millones.—Celedonio González, 28 millones.—Crédito Mobiliario, 18 millones.—Ignacio Lucazasoro, cinco millones.—Sánchez Rivera y Compañía, 12 millones.—José de la Cámara, 10 millones.—G. Vogel y Compañía, 15 millones.—García Calamarito, 10 millones.—Duque de Alba, ocho millones.—Banco de Castilla, siete millones.—Jerónimo Rodríguez Yagüe, 18 millones.—Antonio Vázquez, 10 millones.—Herrero y Compañía, siete millones.—Santiago Intiers, un millón.

«Si hay millonarios en España. No todos poseen los millones de que han hecho gala; pero sí buena parte. Han exagerado la suscripción con el propósito de adquirir en el prorrato el mayor número de títulos posible, y bien han sabido lo que hacían. Tienen ya prima los nuevos títulos con no haber pasado aún de la categoría de carpetas; lo que ha costado 83, vale ya 90. En días habrán realizado esos insignes patriotas fabulosas ganancias. Para la nación son las pérdidas; para ellos los lucros; para el país, los aumentos de deuda; para ellos los de capital y de fortuna.

«Así va el mundo. Unos cuantos vampiros chupan la sangre de los pueblos; que los pueblos son los que subvienen a los gastos públicos. No sin razón se dice que es hoy el capital el que reina. El lo avasalla todo; él lo arrastra todo; él lo tiene todo bajo sus garras. La plebe trabaja afanosamente para vivir penando y morir aislada y hambrienta; él realiza en una sola operación lo que la plebe no puede ganar en su vida.

Y esta es la sociedad, esta la justicia.»

(De *El Nuevo Régimen*.)

## A UN VENCIDO

Alza iracundo la humillada frente;  
el suelo hiere con nervuda planta,  
y un grito de dolor rasga estridente,  
mezclado entre blasfemias, tu garganta.

Lancen miradas de furor tus ojos.  
Que la risa no alegre ya tus labios.  
¡Y añádele al montón de tus despojos,  
el inmenso candil de tus agravios!

Deja calladas y en perpetuo olvido  
las palabras de amor y de esperanza,  
pronunciadas con rítmico rugido  
sólo frases de muerte y de venganza.

Del odio y del rencor la voz escucha;  
no toleres que nadie te denigre.  
Y si a la lucha vas, usa en la lucha  
no zarpa de león, garra de tigre.

De la gloria el reflejo, necio y vano  
no te ciegue la luz resplandeciente.  
Hiere en la sombra con certera mano  
ojo por ojo, sí, diente por diente.

Levántate, y emprende tu camino.  
Que nadie te detenga ni te asombre.  
Rompe el hilo fatal de tu destino,  
y aprende, ¡vive Dios!, a ser un hombre

E. NAVARRO GONZÁLEZ.

## AYER Y HOY

Moderados y exaltados, progresistas y unionistas, conservadores y liberales, constitucionales y legitimistas, monárquicos y republicanos, todos los partidos tradicionales obedecían a idéntico mecanismo. Representando más o menos fielmente un matiz de la opinión, han pretendido representarla entera. Sus programas se han formado con vagas y respetables generalidades, casi siempre relativas a lo adjetivo y formal y ajenas al fondo y la substancia de la vida. Han aspirado siempre a hacerse dueños del poder, como instrumento necesario, según ellos, para aplicar sus principios. Tan luego como uno de esos partidos se ha considerado sistemáticamente proscrito del Gobierno, no ha vacilado en apelar a la conspiración y a la violencia para alcanzarlo.

«Frente de esa política vieja, nace hoy una nueva política. La Unión Nacional se halla destinada, si no fracasara por completo, a renovar del todo el modo de ser de la vida pública y la lucha de los partidos. Las modificaciones que aporta a la política la entidad naciente, saltan a la vista.

En primer término, la Unión Nacional representa fuerzas sociales verdaderas, auténticas, positivas. No es una representación análoga a la que se han atribuido otros partidos conservadores o retrógrados, abrogándose presuntuosamente la misión de salvar a la sociedad o a la familia; no se trata de intereses indecisos, de estados de opinión fácilmente falsificables, a cuya sombra han vivido y gobernado durante muchos años parcialidades poderosas, nutriendose de una superchería. La Unión

Nacional no ostenta el apoderamiento de la sociedad entera, pero sí el de elementos vivos, el de intereses reales, sustentados por clases existentes y personas de carne y hueso. Son los hechos substituyendo a las palabras, la realidad a los convencionalismos, la verdad a las ficciones. ¿Qué interés, qué clases, qué positivos elementos sociales pueden poner enfrente los partidos que sólo tienen una existencia oficial? Vivieron de la indiferencia de las clases neutras, y ante su hostilidad sucumben. Sienten vagamente la necesidad de apoyarse en algo y sólo encuentran el vacío. Buena prueba es de ello el conato frustrado de atraerse con una limosna de socialismo de Estado la benevolencia del elemento obrero, a un tiempo que se agudiza la enemistad de las llamadas clases directoras.

La nueva parcialidad, tiene su programa, no formado de indecisas promesas ni de esperanzas crepusculares, sino consistente en medidas prácticas, en reformas substanciales y en remedios efectivos. Quiere para el país economías, justicia, pan, instrucción. Nuevo embarazo para los partidos viejos. ¿Qué oponer a tales pretensiones? En lo que hasta aquí se ha llamado política, era fácil la oposición. Si unos sustentaban la libertad, la tolerancia religiosa, el sufragio universal, los derechos individuales, bátales a los otros sostener el orden, la unidad católica, el sufragio restringido, los fueros de la autoridad. Cuando lo que se demanda es que no se agobie al contribuyente, que no se derrochen los caudales públicos, que se emplee bien y útilmente lo que se gaste, ¿en qué puede consistir el programa del adversario? ¿Habrán quien escriba en el suyo la ruina del país productor, los excesos de una administración dispendiosa, el imperio del caciquismo, la justicia cara, el pan escaso y la instrucción nula? Contra semejantes demandas sólo cabe invocar dilaciones y aplazamientos.

El nuevo partido no exige necesariamente el poder. Esta ha sido siempre condición *sine qua non* en la lucha de los partidos viejos, que sólo han aspirado a apoderarse de la *Gaceta* y a suplantarlos unos a otros. La Unión Nacional solicita que sus reformas se realicen, hágalas quien quiera. Mientras ha conservado un vestigio de esperanza, ha procurado influir para que fuese el Gobierno actual quien las realizara. Jamás un partido viejo se hubiese atrevido a confiar a sus adversarios el planteamiento de sus principios. Habían de ser ellos, ellos solos, los que salvaran a la patria. Así, confundido el fin con el medio, la lucha de los partidos degeneró en una contienda por el poder sólo, por el goce del presupuesto, por el orgullo del triunfo, sin ulterior finalidad. Bien es cierto que muchos de esos partidos se componían, en buena proporción, de gentes obligadas a vivir de la política, sin oficio ni beneficio.

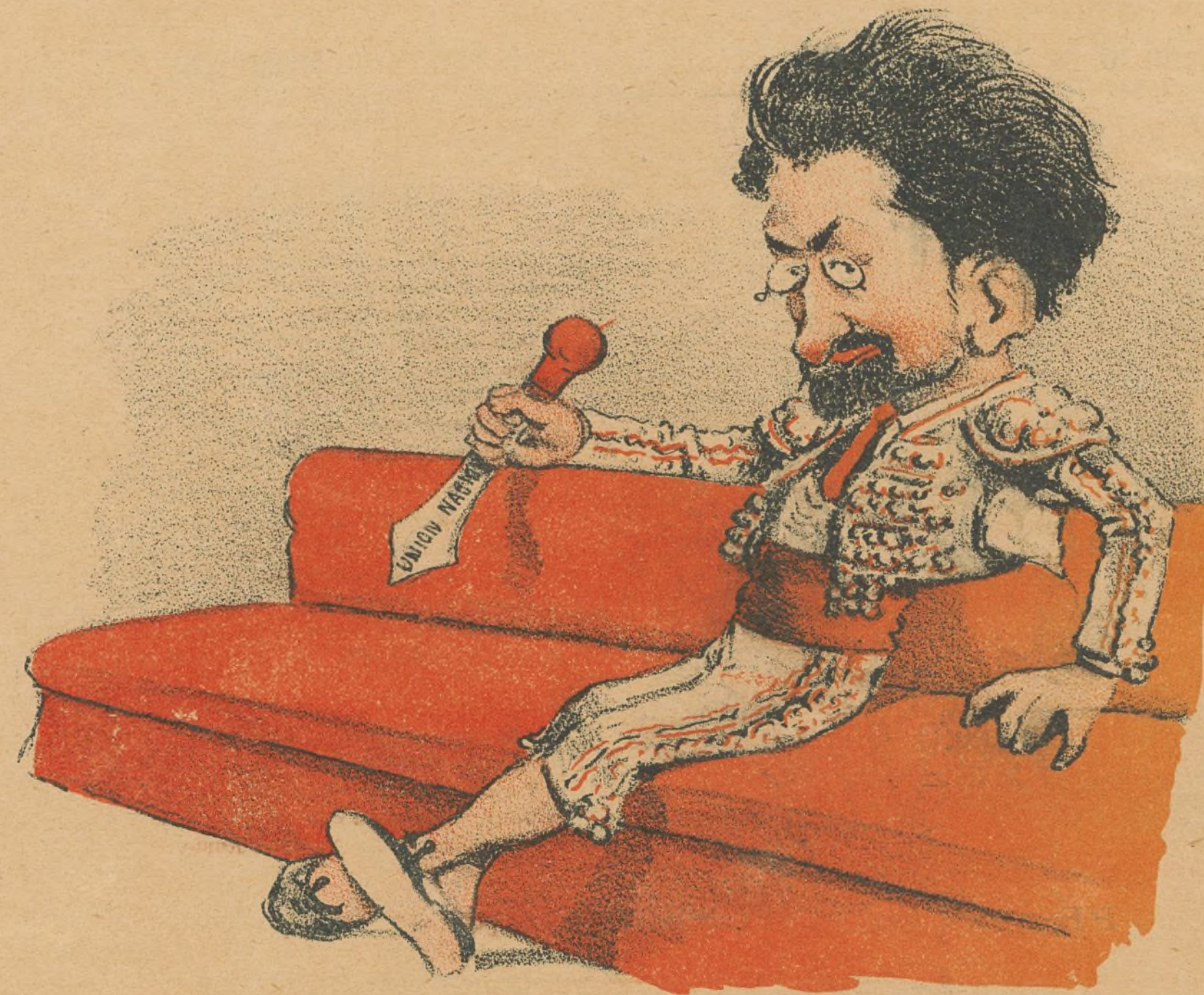
No es menor la novedad que la Unión Nacional aporta a los medios e instrumentos empleados hasta aquí en la lucha de los partidos. Carecemos de la libertad necesaria para tratar este asunto. El novísimo sistema de crear en cada situación un delito de circunstancias, esteriliza en absoluto la función crítica de la prensa y hace ilusoria su pretendida libertad. Pero ¿no ha de sernos lícito afirmar que constituye un gran progreso, un paso de gigante en el camino de la civilización, el hecho de que las oposiciones más irreductibles, las lu-





# DON QUIJOTE

ZOOLOGÍA MINISTERIAL

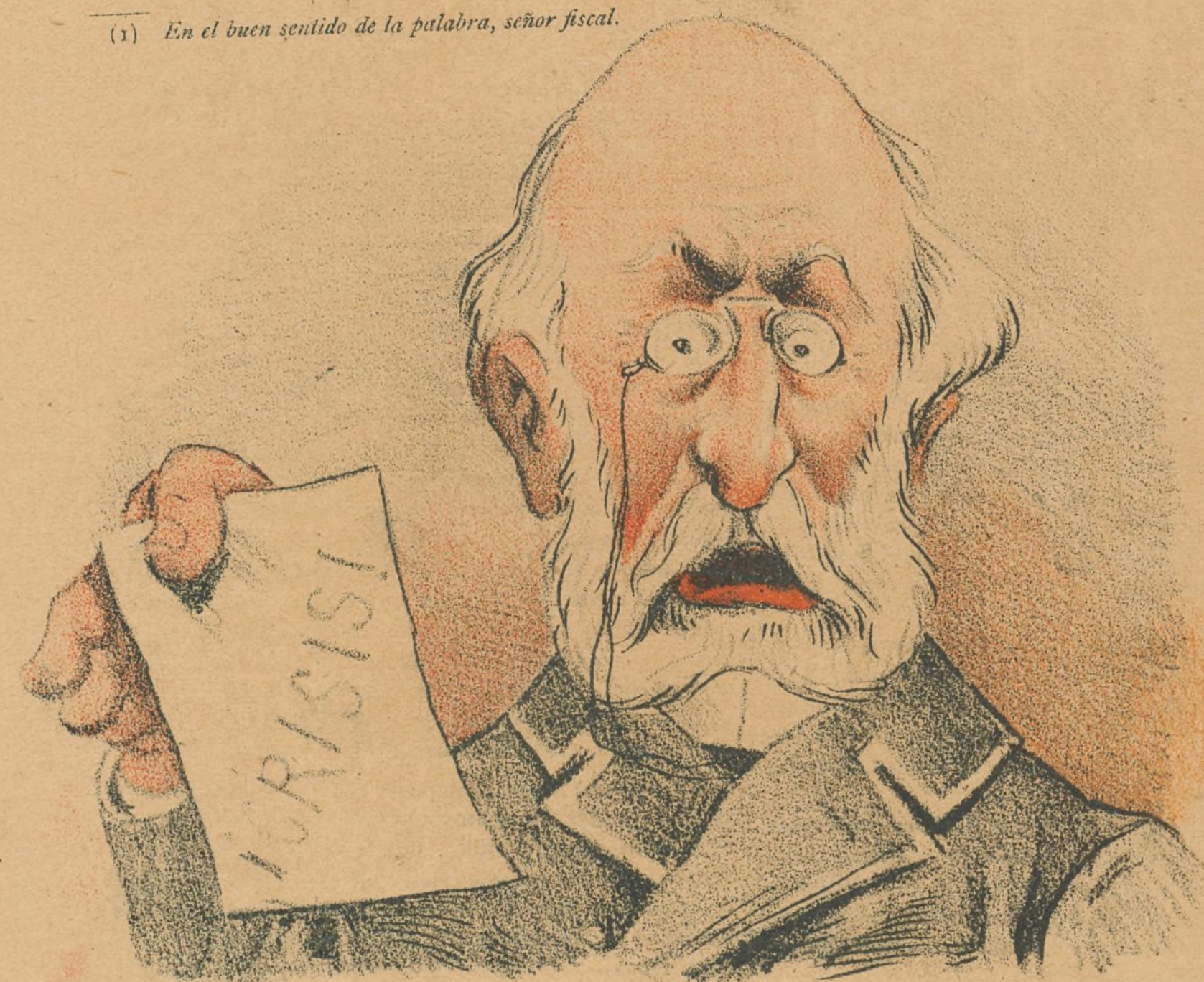


Preparándose para dar la puntilla a doña Situación.



Ande yo carente (1) y murmure la gente.

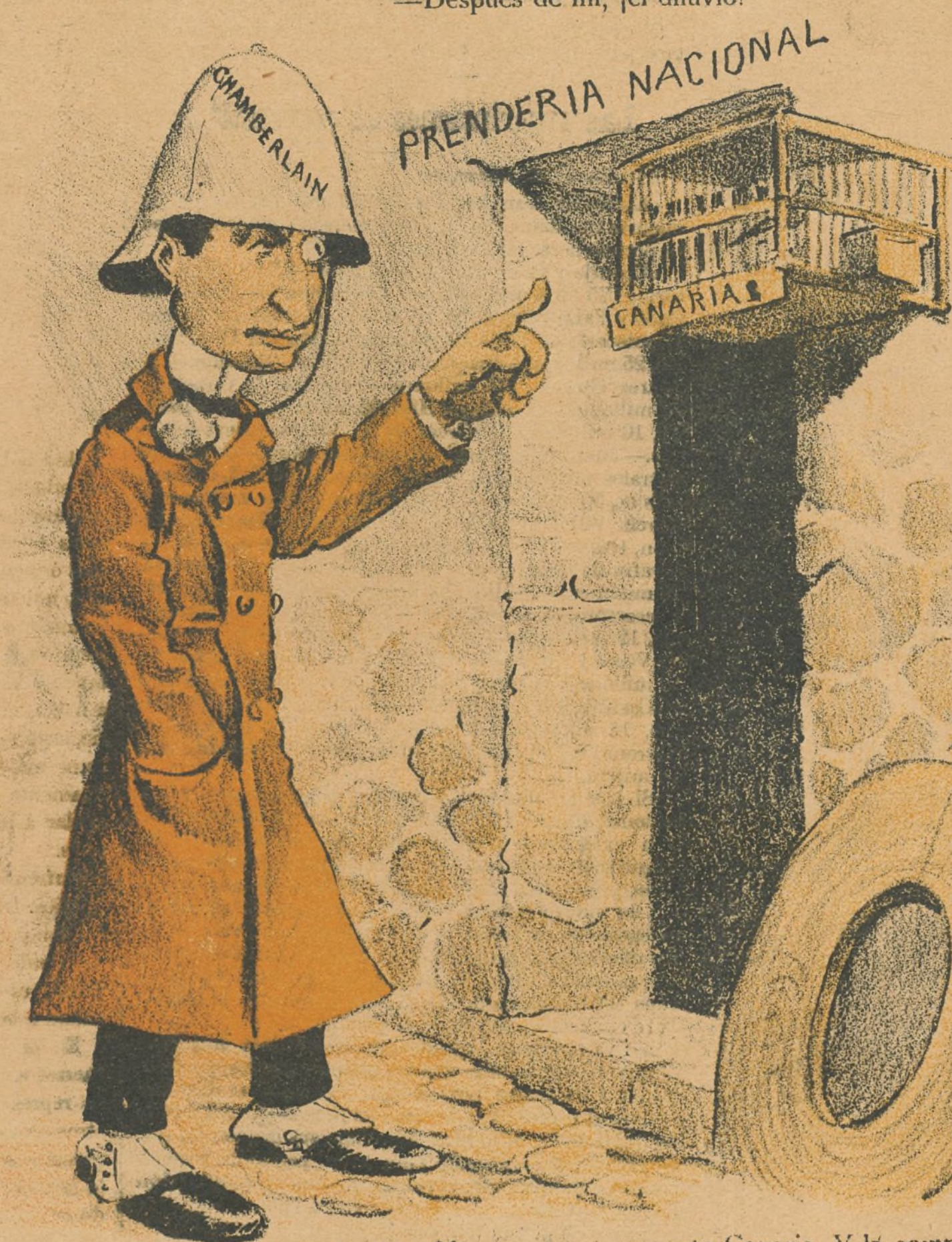
(1) En el buen sentido de la palabra, señor fiscal.



—¡No gana uno para sustos!



—Después de mí, ¡el diluvio!



El inglés. —Mi quereí comprar esta Canaria. Y la compro, ¡vaya si la compro!

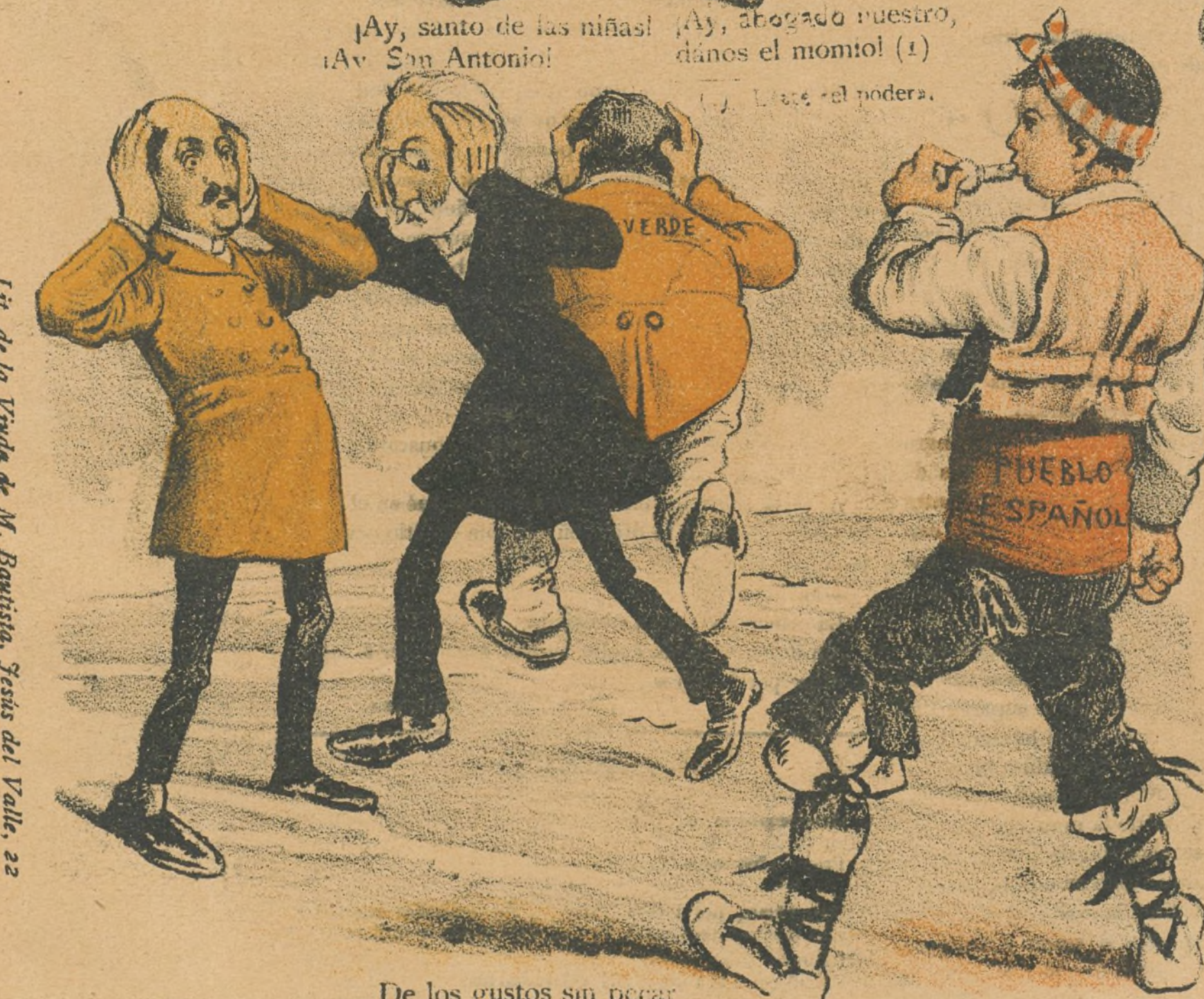


El que pagará los vidrios rotos.

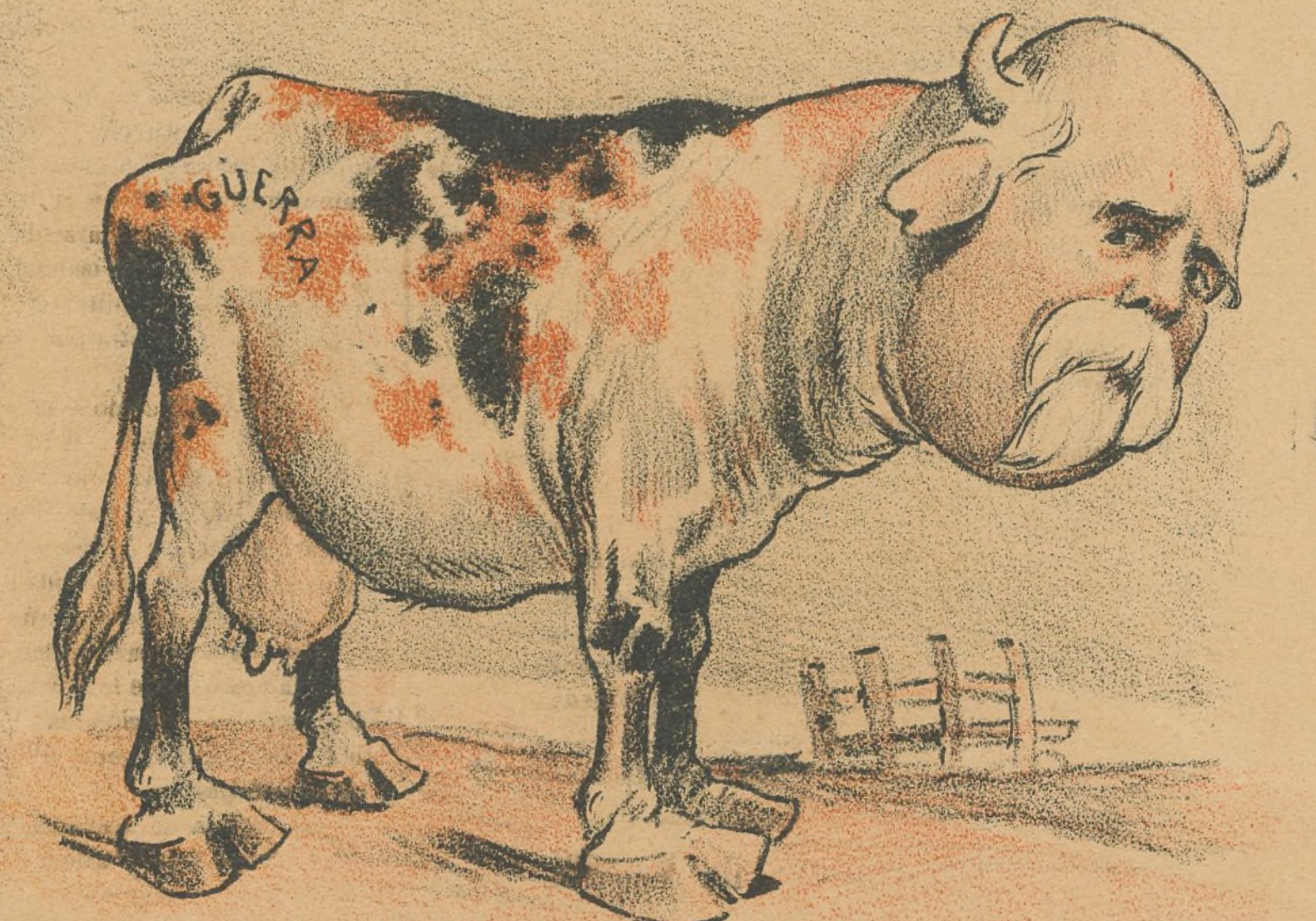


¡Ay, santo de las niñas! ¡Ay, abogado nuestro, danos el momio! (1)

(1) Llévate el poder.



De los gustos sin pecar el mejor es el silbar.



La vaca apacible.



—Hijos míos, he aquí que se me va concluyendo la teta.



chas más encarnizadas se sostengan y resuelvan sin derramamiento de sangre? No hay que olvidar que nacimos en esta patria de la violencia, en este país clásico de los pronunciamentos, sobre este suelo que sería el más rico del mundo si la sangre sirviera para fecundar la tierra, en esta triste España, arruinada y despoblada por la discordia civil, aquí donde la vida humana fue siempre tenida en tan poco, aquí donde ni autoridad ni libertad supieron nunca prescindir del apoyo de la fuerza.

Que esta política que la Unión Nacional representa es la propia de nuestro tiempo, pruébalo irrecusablemente el éxito. ¿Por qué no confesarlo? Lo que los republicanos no hemos conseguido en más de veinticinco años de labor incesante, de inquebrantable constancia, de abnegación nunca superada, lo ha logrado la Unión Nacional en pocos meses. Sin ella la administración conservadora no hubiera encontrado ninguna resistencia seria, ninguna formal protesta se hubiera alzado después del desastre y el país no alentaría esperanzas de redención. Da la nuestra impotencia, tan dolorosamente demostrada a raíz de la catástrofe, que ha sido también nuestro Cavite, sin el clamor levantado por la Unión Nacional, aquí no habría pasado nada.

ALFREDO CALDERÓN.

## LOS PEDAZOS DE MÁRMOL

### FÁBULA

Al pie de una cantera de mármol de Carrara, varios informes bloques restos de una gran ruina semejaban, mientras otro movido por cuerdas y palancas, a un cerro conducían muchos obreros en alegre zambra. Diez poderosos bueyes, uncidos por el asta, iban la inmensa mole a llevar a través de la montaña; y cuando al recibirla rechinaron las tablas, oyóse en el espacio sordo rumor de voces y amenazas. —¿Por qué nos abandonas? las piedras murmuraban—. ¿qué buscas en tu orgullo fuera de estas regiones solitarias? —El hombre me ha elegido— respondió la arrastrada—, para que al mundo admire centinela perpetuo de su fama. Si hasta hoy he sido roca, mañana será estatua; no tengo yo la culpa de ser la más hermosa y la más blanca. —Piedad antes que enojo, en nosotros hallaréis, si cautiva a la fuerza de tu profanación no hiciese gala. Pero en vano te engríes, la vanidad te engaña, que aun cambiando de forma piedra serás cual somos tus hermanas; y antes de que te elevés del vulgo a las miradas, no sabes tú los golpes de cincel y martillo que te aguardan!

Los hombres en la tierra son mármoles con alma, y si éstos al labrarse dejan polvo, ¡aquéllos dejan lágrimas!

MANUEL DEL PALACIO.

## LAS OBRAS DE LA ALMUDENA

Pasó el tranvía de Pozas frente a las obras de la Almudena y súbita inspiración me hizo apearme. Honda tristeza me acometió de pronto.

«No basta, me decía por lo bajo, que los reyes nos muestren su poderío en esa mole enorme de talladas piedras que yergue su panza de ídolo budhista en la plaza de Oriente. Como en los tiempos de las luchas entre los papas y el imperio, necesita la Iglesia rivalizar en fuerza con todo otro poder. Ayer se combatía con guerreros; hoy batallan arquitectos y albañiles. La fábrica que en loor de Nuestra Señora de la Almudena se está elevando, será menos amplia que la mansión de los monarcas; pero dominarán sus torres desde lo alto a las del regio alcázar. Hoy como ayer y como hace mil años, encuentra la Iglesia en abundancia caudales con que elevar soberbios templos. En oleaje tumultuoso del devenir social, sólo la roca de la humana tontería permanece inmutable... *Super hac petram edificabo...*»

Semejantes pensamientos me entristecían, cuando reparé en que las obras estaban paradas. Desde hace meses, el agua, el sol y el aire, cayendo un día y otro sobre las obras muertas, pulverizan la masa que junta unas con otras las piedras gigantescas, desmorona las macizas paredes de ladrillos y resquebraja y pudre el maderamen de los andamios. Y entre las ciclópeas columnas empe-

zadas, entre los incipientes pórticos, entre el plano que dibujan magníficos los granitos sillares, unos cuantos guardianes pasean aburridos su pereza con los brazos cruzados en la espalda.

Todo ¿por qué? ¡Por una triste huelga de canteros! Empeñáronse los operarios en que se les aumentaran los salarios, reduciendo la ganancia de los maestros y contratistas; mantuyéronse los últimos firmes en su propósito de enriquecerse a la carrera. Y no han valido admoniciones de señoras ricas, subvención del Estado, preces de cardenales y arzobispos, ni angustias de todo el beaterio. Mientras no cedan los capataces o los obreros, o ambos a la vez, el culto a Nuestra Señora de la Almudena se rendirá en otra parte, no frente al palacio de los reyes.

Y vean ustedes cómo a pesar de todo, los tiempos se suceden sin parecerse. Estas obras paradas por una miserable disputa de dinero recuerdan las de las catedrales de Colonia y Estrasburgo. No había entonces huelgas. Capataces, artistas y artesanos recibían de manos de los frailes, por toda recompensa, su ración extraída de la olla grande común a todos, y las generaciones de trabajadores morían contentas por asociar su vida a la creación de la bóveda, la columna, el pórtico o la torre, o la elevación, en tres o cuatro varas, de la labor total. Aquella gente trabajaba por el amor de Dios y de las indulgencias.

Y mi tristeza se desvaneció... Reuna la Iglesia, en fuerza de rechámpos y zalemas, el dinero que necesite para renovar sus templos viejos... Los tiempos han cambiado. No con la fe, con los millones se erigen catedrales... Y las manos que las levantan serán las mismas que capitaneadas por Sebastián Faure entren a saco en en las iglesias de París, derriben los altares, prendan fuego a los santos de madera, y rompiendo los vidrios coloreados de las últimas ventanas hagan penetrar, por primera vez, la luz del sol en las oscuras bóvedas.

RAMIRO DE MARZU.

## LA CARAVANA

Marcha la caravana bajo el candente astro. Marcha la caravana con paso de tortuga. El gran desierto arroja destellos de alabastro. Ni una nube la frente del horizonte arruga.

La esfinge, silenciosa y amenazante como granítico fantasma, la lontananza corta, inmóvil entre la lluvia de derretido plomo que el abrasado cielo cual un infierno aborta.

Sufridos y pacientes avanzan los camellos con su pesada carga. Los hombres, sudorosos, enjuganse anhelantes el rostro y los cabellos, y su jornada siguen serenos y animosos.

Cuando la luna vibra su rostro enfermo y lacio, alza la caravana sus tiendas y se duerme envuelta en la honda calma del infinito espacio, de la letal modorra con el sopor inerme.

Y cuando emblanquecido de puro rojo asoma de nuevo el sol, henchidos de fervoroso anhelo, sus leves tiendas plegan los hijos de Mahoma, y en oración levantan la frente contra el suelo.

Marcha la caravana bajo el candente astro. Marcha la caravana con paso de tortuga. El gran desierto arroja destellos de alabastro. Ni una nube la frente del horizonte arruga.

PEDRO BARRANTES.

## EN LOS TOROS

Apoyada en la barandilla del palco, sobre la cual descansaba formando una curva deliciosa y viviente, su pecho robusto, que al agitarse a impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrábase aquella muchacha, cuyo nombre ignora, y todos los ojos se volvían hacia ella, y de todos los labios brotaba una frase de admiración para su belleza, iluminada por los reflejos del sol y por los resplandores de la juventud.

Era hermosa, con esa hermosura que agita la sangre y estremece los nervios, que despierta las codicias de la posesión, que más que enamora, embriega, y antes de conmover perturba. Todo en ella hablaba a la carne, no al alma; sus ojos negros, llenos de vida, que brillaban con relámpagos de fibra entre sus pestañas espesas y oscuras; su nariz incorrecta, que abría y cerraba a breves intervalos sus ventanillos, sobre los cuales dibujaba la luz transparencias color de rosa; sus labios gruesos, rojos, sombreados en la parte superior por un imperceptible bozo, y mostrando en el húmedo hueco que dejaban al entreabrirse una dentadura blanca y pequeña; su barba, redonda y fuerte, su cutis moreno, donde proyectaban las sombras de la mantilla esos tonos verdosos que son la desesperación de los pintores; su cuerpo entero, en fin, porque todo su cuerpo era un reto al deseo y una provocación a la espina dorsal.

Esto lo veía yo claramente con la triste y dolorosa claridad de la experiencia; y al par que lo veía escuchaba el himno de amor y deseos que, provocado por aquella hermosura entonaba a mi oído un compañero

de juventud y de arte, un pintor que tiene los ojos saturados de líneas y de colores, el cerebro repleto de inteligencia y el corazón henchido de ilusiones y de esperanzas.

Y mientras mi amigo hablaba creando en su imaginación un idilio, del que eran agentes principales él y la muchacha del palco, abajo, en la plaza, corría el toro levantando en los vértigos de su carrera torbellinos de arena que se doraban a los rayos del sol, y embestía contra los caballos, desgarrando sus carnes con heridas brutales y asquerosas, y volteaba a los picadores, y seguía en pos de los peones, ansioso de alcanzarlos, y se detenía junto a la barrera bramando de coraje, humillando la testuz y mostrando, al humillarla, el ancho morrillo, lustroso de sangre y de sudor. Rugía el toro, voceaba la gente, gallardeaban por delante de la fiera, capote en mano los lidiadores, estremecíanse los tísicos jamelgos al caer en el ruedo con la última convulsión de la agonía, sonaban los clarines anunciando el cambio de suerte; saltan los banderilleros, y la muchacha del palco, inclinándose hacia adelante su rostro curioso, seguía una por una las peripecias de la lidia, con los ojos brillantes, la boca entreabierta, los dientes encanados y las mejillas coloreadas por el placer.

—¡Qué hermosa es!—decía mi amigo entre tanto que yo, sintiendo, al mirarla, envidia de todo cuanto la rodea, de la mantilla que adorna su frente, del vestido que ciñe su cuerpo, de los curiosos que la contemplan y del a que se agita sobre su rostro? ¿No ves en esa mujer un venero de gozos inagotables, de seducciones infinitas, de venturas eternas? ¿No comprendes que ser amado por ella, que sujetarla entre tus brazos, sentir su aliento junto al tuyo, recoger con tus manos trémulas los latidos de su corazón y aspirar con tus labios el eco de las palabras entrecortadas que ella murmurase, sería la síntesis del placer y la última palabra de la dicha? ¿No lo comprendes?

—El placer, sí; la dicha, no, repuse contestando a las preguntas de mi amigo. Esa mujer ofrece por su conjunto, por sus actitudes, por sus menores gestos, más amarguras que dichas al hombre que la ame; en ella responderá siempre la materia, el espíritu nunca; fíjate con qué satisfacción y con qué entusiasmo contempla la corrida; su rostro no palidece ni ante la sangre ni ante el peligro; el abanico que maneja sus manos la sirve, no para taparse los ojos para apartar por breves instantes de los ojos ajenos los resplandores de su belleza, no hay en ella síntomas de ese miedo que se une a la alegría en todas las muchachas que asisten a la fiesta de toros; ella goza, no hace más que gozar, y cuanto mayor es el riesgo, más curiosa y más satisfecha se muestra. Emociones fuertes, rudas, salvajes; emociones que broten de la carne, las proporcionará en todo momento; emociones dulces, emociones que broten del alma y por el alma, no las proporcionará jamás. Nadie puede proporcionar lo que no tiene.

—¡Estás loco!, respondió mi amigo; ¿en qué te fundas para decir eso?

—En tu propia locura, repliqué yo.

Había llegado el momento supremo, como dicen los aficionados; la hora de matar. *Lagartijillo* (porque aquella tarde mataba *Lagartijillo*) estaba delante del toro con la muleta recogida y el estoque echado a la cara; el toro, con el hocico lleno de espuma y el lomo cubierto de sangre, permanecía quieto, inmóvil; solamente su pecho robusto y sus poderosos ijares jadeaban, demostrando el cansancio de la lucha; el público dividía su atención entre el hombre y la fiera. El matador dió un paso, acudió el toro, y todos pudimos ver una cosa horrible: la fiera embistió al hombre, le volteó en sus cuernos y lo despidió, haciéndole describir una curva en el espacio, a cuatro pasos de distancia.

El matador estaba fresco, pero sus calzones desgarrados probaban la violencia de la acometida y lo grave del peligro.

Yo levanté maquinalmente los ojos buscando a la muchacha del palco.

Al verla, sentí una emoción extraña; toqué en el hombro a mi amigo, y le dije, señalándole el sitio ocupado por ella:

—Mira.

La muchacha reía a carcajadas.

Sin duda le había hecho mucha gracia ver a aquel hombre por los aires.

JOAQUÍN DICENTA.

## LIBROS

**Asclepigenia**, por D. Juan Valera. Tomo III de la Biblioteca Moderna. Precio: 50 céntimos.

**Cuentos**, por Jacinto Picón, y **El recién nacido**, por R. Becerro de Bengoa. Tomos VII y IX de la Biblioteca «Mignon». Precio de cada tomo: 75 céntimos.

Imprenta de Antonio Marzo, Calle de las Pozas 12.